

EL ARTE Y LA MORAL*

JHON JOSPERS

El disfrute del arte tiene un valor intrínseco. La obra de arte, en sí misma, no la tiene. Tiene valor sólo en cuanto unos seres dotados de sentidos reaccionan ante ella. Por consiguiente, el arte es digno de ser creado aunque no tenga ningún valor instrumental en absoluto. No obstante, existen también valores instrumentales en el arte.

Analizaremos, en primer lugar, la literatura:

a) La literatura enseña a veces lecciones morales que tienen valor para la humanidad. Este valor se manifiesta en la literatura didáctica, como, por ejemplo, en el *Pilgrim's Progress* de Bunyan, pero no en toda la literatura, y a veces esto se sobrevalora. Shakespeare no escribió el *Otelo* para atacar los prejuicios raciales ni el *Macbeth* para demostrar que el crimen no paga.

b) Mucho más frecuentemente, la literatura enseña como enseñan los amigos y la vida, y no con afirmaciones explícitas: esto es, enseña siendo y no con intención expresa. La variedad de situaciones que presenta, las caracterizaciones humanas, las crisis morales que atraviesan sus protagonistas, todas estas cosas presentadas ante nosotros en una obra de literatura pueden producir un efecto moral sin que sea necesaria una moralización explícita.

¿Cómo consigue la literatura ese efecto moral? Nos presenta personajes y situaciones (normalmente situaciones de difícil decisión moral) gracias a las cuales nosotros podemos profundizar en nuestras propias perspectivas morales, al reflexionar sobre los problemas y conflictos de otras personas, que -habitualmente- tendrán una complejidad que no poseen nuestras propias situaciones cotidianas. De ellas podemos aprender a tener nosotros mismos que sufrir en nuestras vidas personales los mismos conflictos morales o adoptar las mismas decisiones morales. Podemos contemplar con tranquilidad sus situaciones, tranquilidad que raras veces podremos tener en la vida diaria cuando estemos sumergidos en el frenesí de la acción. Al contemplar estas situaciones «como distantes», y al reflexionar sobre ellas, estaremos en condiciones de tomar nuestras propias decisiones morales más juiciosamente cuando la vida nos exija, a su vez, que decidamos. La literatura puede ser un estímulo para la reflexión moral-quizá imposible de igualar con ningún otro instrumento-, porque presenta la lección moral en su contexto total sin omitir nada que tenga importancia.

c) Quizá la principal fuerza moral de la literatura estriba en su poder de estimular y desarrollar la facultad de la imaginación. Shelley dijo: «La imaginación es el gran instrumento del bien moral, y la poesía proporciona el efecto al actuar sobre la causa». Con la literatura nos transportamos más allá de los confines del estrecho mundo en el cual reside la mayor parte de nosotros, y nos trasladamos a un mundo de pensamientos y de sentimientos más profundos y más variados que el nuestro, un mundo en el cual podemos compartir las experiencias de seres humanos (reales o ficticios) que están muy lejos de nosotros en el tiempo y en el espacio, en la actitud y en el modo de vida. La literatura nos hace entrar directamente en los procesos afectivos de otros seres humanos; y, habiendo hecho esto, ningún lector inteligente podrá ya condenar o repudiar *in toto* a una amplia fracción de la humanidad, en concepto de «extranjeros», «rusos» o

«desechos», simplemente como masa, porque viven ante nuestros ojos -gracias a la literatura-. como individuos animados por las mismas pasiones que nosotros, enfrentados con idénticos conflictos y purificados en el mismo crisol de la amarga experiencia. Por medio de este ejercicio de la imaginación comprensiva la literatura tiende a reunir a todos los hombres, en lugar de mantenerlos separados unos de otros en grupos o tipos convenientemente clasificados y etiquetados. Porque la literatura -mucho más que la predicación o que la moralización, mucho más, incluso, que los razonamientos descriptivos y científicos de la psicología o de la sociología- tiende a unir a la humanidad y a desvelar la común naturaleza humana que existe en todos nosotros, tras la fachada de las doctrinas que dividen, de las ideologías políticas y de los sentimientos religiosos.

Por supuesto, esto no equivale a decir que los que leen obras maestras de la literatura sean necesariamente tolerantes o comprensivos. La lectura por sí sola no es la curación para los males humanos, y aquéllos que están neuróticamente agarrotados, o que son egoístas en sus vidas privadas, difícilmente dejarán de serlo a consecuencia de haber leído obras literarias. Sin embargo, leer amplia y seriamente tiene un efecto observable: la gente que lee así -calesquiera que sean sus demás características- tiende a ser más comprensiva con los conflictos de los demás, a tener más simpatías para con sus problemas y a ser capaces de vincularse a ellos como seres humanos de un modo muy superior a las personas que nunca han ensanchado sus horizontes con la lectura de grandes obras. Nadie que haya leído obras maestras con detenimiento y durante un período de tiempo considerable -hasta el punto de hacer de ellas una parte de su vida- podrá seguir compartiendo el mismo localismo estrecho y seguir estando dominado por los prejuicios mezquinos que caracterizan visiblemente a la mayoría de las personas la mayor parte de las veces. La literatura -quizá más que ninguna otra cosa- ejerce una influencia modificante sobre el carácter de la vida moral de cada uno. Nos libera de los vínculos de nuestra propia situación en el espacio y en el tiempo; y nos libera de una preocupación exclusiva por nuestras propias luchas de cada día; nos hace ver nuestros propios problemas y pruebas (según la frase de Spinoza) bajo el aspecto de la eternidad: podemos ahora verlos como si estuviéramos en una altura muy elevada.

Y no es necesario, para que tenga efectos morales, que una obra literaria sustente un sistema de moralidad. Su poder moral llega al máximo cuando nos presenta no sistemas, sino seres humanos en acción, de modo que con ejercicios de la imaginación, podamos ver nuestras propias costumbres y filosofías como vemos las suyas, es decir, como unas entre tantas de las innumerables proliferaciones de adaptaciones y soluciones de los problemas humanos que nuestra naturaleza, infinitamente variada e ingeniosa, y las diversas circunstancias han producido.

Así pues, las obras literarias desarrollan la facultad humana de la imaginación en mayor medida que cualquier otra cosa; y Shelley dice que la imaginación es el mayor instrumento de bien moral. Quizá parezca esto una afirmación absurda, pero tengamos en cuenta lo que es la moral sin imaginación. Consideremos la moral media de una pequeña localidad, relativamente aislada de los centros de cultura y poco familiarizada con cualquier tradición artística. Su moral es rígida y circunscrita; los detalles de la vida personal de cada uno de sus miembros se ven siempre acosados por constantes molestias, y la vida de todos ellos está siempre abierta ante los ojos fiscalizadores de los demás, que infaliblemente juzgarán rápido y mal, con o sin pruebas. Se mirará a los forasteros con desconfianza; se sospechará y desconfiará de las personas de diferente

religión, raza o cultura, y cualquiera que no suscriba el código moral que prevalezca en la comunidad será condenado al ostracismo o censurado. No cabe duda que esta gente es sincera: son terriblemente sinceros, mortalmente sinceros. Ahora bien, la sinceridad sin ilustración puede ser tan dañina para alcanzar el bien como la inteligencia sin la sabiduría, cuando esa inteligencia la poseen líderes políticos que juegan con las bombas de hidrógeno. Los miembros de la pequeña localidad no han conocido la influencia modificante de la literatura. Su moralidad es muy rígida, agarrotada y árida. Si a estas mismas personas se les hubieran explicado desde su juventud, y con una técnica apropiada las grandes obras maestras de la literatura y, por medio de ellas, hubieran aprendido a apreciar la tremenda variedad de las costumbres humanas y de las creencias que profesan otros grupos -con el mismo grado de sinceridad que ellos mismos-, estarían menos predispuestos a ser tan ásperos, intolerantes y rígidos como lo son ahora.

Normalmente, la gente se siente inclinada a separar el arte de la moral en dos compartimientos herméticamente estancos. Hablan como si la moral estuviera ya completa y fuera autosuficiente sin el arte, y como si el arte -si es que realmente e hay que tolerarlo - pudiera autorizarse a regañadientes, con tal de que se adapte a las costumbres morales del tiempo y del lugar de aquellos que lo juzgan. Pero, ciertamente, esta tesis concibe la relación entre el arte y la moral de un modo demasiado unilateral. Si bien es cierto que el arte ha de tener en cuenta a la moral, también lo es que la moral ha de tener en cuenta al arte. Casi todo lo que es vivo e imaginativo en la moral proviene de la influencia modificante del arte. Consideremos simplemente ejemplos tomados de Grecia. ¿Qué sería de la moral sin la influencia de Esquilo y de Sófocles, sin el Sócrates que escribió en sus diálogos Platón, incluso sin los historiadores Herodoto y Tucídides con su apacible humor y su amable escepticismo y tolerancia para con las costumbres y concepciones de los demás? :

Nuestra más viva concepción de las diversas maneras de vivir la alcanzamos precisamente por las grandes obras de arte. ¿Qué es lo que recordamos mejor de esos lugares o épocas? ¿Sus querellas políticas, sus guerras, sus conmociones económicas? Estos acontecimientos son conocidos de los profanos inteligentes, y más detalladamente por los historiadores, pero ni siquiera así producen esos acontecimientos en nuestras vidas un impacto tan considerable como el que produce el arte. Lo que hoy subsiste de la antigua Grecia es su escultura, su poesía, su ética y su drama; lo que hoy subsiste del período isabelino inglés. -todavía más que la derrota de la Armada Invencible y del reinado de Isabel- es su drama poético con sus vivas caracterizaciones y su energía sin fronteras. Es posible que otras civilizaciones sean fuentes de datos y de teorías que ilustren nuestro entendimiento; pero lo que nos hace compartir directamente sus sentimientos y sus actitudes hacia la vida no es su política ni siquiera su religión, sino su arte. Solamente el arte no está nunca anticuado. La ciencia es acumulativa, y los propios libros de texto científicos de hace cien años han quedado arrinconados por anticuados; la ciencia de los griegos o de los isabelinos la estudiamos únicamente en tanto que curiosidad histórica. Pero el gran arte nunca queda anticuado: sigue ofreciéndonos todo su impacto, que el tiempo no ha disminuido. Shakespeare siempre está de moda mientras sigan los seres humanos sintiendo amor, celos y conflictos en un mundo atormentado. Podríamos parafrasear una afirmación bíblica y aplicarla a las culturas pasadas: «Por sus artes los conoceréis». Quizá los artistas cuyas obras veneramos hoy hayan muerto sin que nadie los cantara; la mayoría de ellos -incluso aquellos que fueron apreciados durante su vida- fueron considerados mucho menos importantes que las últimas victorias navales o que la llegada al trono de un nuevo rey;

y , sin embargo, hoy todas esas cosas han pasado a la Historia, y el arte sigue con vigor renovado. El arte del pasado moldea de nuevo, de innumerables maneras, las actitudes, las respuestas y las disposiciones de nuestras vidas diarias. La mayor parte de todo lo que es preceptivo e imaginativo en la moral debe su origen al arte, y cuando la moral pierde contacto con la tradición del arte se convierte en muerta y en estéril. Sin embargo, a pesar de todo esto, algunas gentes nos dirán que el arte es esclavo de la moral.

En el párrafo precedente empezamos ya a hablar acerca de otros artes, aparte de la literatura. Ahora bien, ¿cómo pueden tener efectos morales en aquéllos que los contemplan o que los escuchan? No obstante, hay efectos de esos artes sobre los observadores que, en un sentido amplio, son morales (como contrapuesto a no morales) y que explican los esfuerzos de mucha gente por censurarlos:

a) Históricamente, la teoría más célebre sobre el efecto moral del arte en su auditorio es la teoría aristotélica de la catarsis; Aristóteles la aplicó solamente a la tragedia, pero desde entonces muchos la han aplicado al arte en general. Según esta concepción, el arte actúa como un catártico emocional y consigue una «purga de las emociones». Ciertas emociones de las que prescindiríamos perfectamente (Aristóteles las limitó a la compasión y al miedo, pero fácilmente podríamos ampliar su número) se engendran durante la vida cotidiana. El arte es el agente principal que puede ayudarnos a librarnos de estas emociones. Al observar obras de arte (al asistir a un drama, escuchar una poderosa sinfonía, contemplar ciertas obras escultóricas o pictóricas) podemos echar fuera emociones, en lugar de guardarlas en nuestro interior o en vez de expulsarlas fuera de un modo desagradable para nosotros semejantes. «La música amansa a las fieras», en particular a las fieras que están repletas de molestias esquinadas y necesitan algún canal para liberarse de ellas. El arte actúa como un sifón en ciertos estados interiores molestos, en lugar de permitir que sigan creciendo y se enraicen en nuestro interior.

Así presentada, esta concepción es indudablemente algo tosca, especialmente a la luz de la psicología moderna; y podemos encontrar muchas faltas, en muchos aspectos, en la teoría aristotélica de la catarsis. Sin embargo, la experiencia de leer, o escuchar una obra de arte proporciona un descanso particular, un sentimiento de liberación de las turbulencias internas. El simple hecho de sumergirnos durante unas horas en un mundo totalmente diferente cuando vamos al teatro o a un concierto basta a menudo para transformar, aunque sea temporalmente el tono de nuestras vidas diarias. No se trata simplemente de que olvidemos por unas horas nuestras molestias; cualquier forma de diversión, por muy pobre que sea, puede conseguir esto, y a mucha gente el alcohol le sirve para este fin. No se trata, sencillamente, de que el arte proporcione un descanso o una interrupción en el curso de nuestras vidas, al final del cual queden exactamente como estaban antes. Se trata de que, a través del propio proceso estético, por el simple hecho de concentrar las energías sobre un objeto de arte de gran unidad y complejidad y profundidad, alcanzamos una especie de clarificación interior que no existía antes.

«Supongamos que nos encontramos en una situación mental desasosegada, enfrentados a problemas y obligaciones que requieren toda nuestra atención, pero sin que ninguno de los problemas u obligaciones predomine hasta el punto de darnos una unidad de propósito. A menudo, en estas circunstancias, podemos leer una novela o contemplar un cuadro, o bien oír una composición musical, y -al cabo de algún tiempo, cuando

volvamos a nuestro problema- muy posiblemente nos encontremos en un estado mental muy diferente más claro y más decisivo. Ese es el efecto técnico, estimulante, del arte»

Así, no es cierto que leer novelas policíacas lleve a la gente a recrearse en una vida delictiva; en su conjunto, los que leen esas novelas son personas cumplidoras de la ley y precisamente esa lectura es un sustitutivo de la actividad agresiva (es una agresividad experimentada a través de un intermediario) y no una incitación a esa actividad. Ni tampoco las obras de arte de carácter licencioso llevan normalmente a la gente a la violación o al adulterio; no sólo no son incitantes para la acción, sino que actúan como válvulas de seguridad contra la acción al proporcionar una especie de satisfacción sustitutiva. Se ha dicho que Antonio y Cleopatra de Shakespeare es una obra inmoral porque ensalza la entrega apasionada de un amor ilícito y la victoria de ese amor sobre consideraciones prácticas políticas y morales.

Ahora bien, ¿ existe alguna prueba de que la gente que lee esa obra se comporte como los amantes en cuestión por el hecho de haber leído la obra? Al contrario: podría argüirse que el leer la obra tiene un valor instrumental al presentamos otro ejemplo de situación moral compleja, cuyo conocimiento nos proporciona muchos caminos para nuestra propia reflexión moral, y que la obra posee también el valor intrínseco de permitimos apreciar una hábil caracterización, un poder dramático y una poesía cuyas imágenes y cuya intensidad son de las más espléndidas de nuestro idioma. También se nos dice que la juventud americana está desmoralizada por autores como Hemingway y Faulkner, porque presentan ejemplos de mala conducta. Pero es ciertamente atribuirles demasiado poder el afirmar que son capaces de desmoralizar a toda una generación, especialmente a gentes que nunca han oído hablar de ellos; incluso para aquéllos que leen literatura sería probablemente los efectos serán más benéficos que nocivos: gracias a los libros se amplían los horizontes de esos lectores hasta el punto de incluir otros modos de vida que anteriormente no conocían; los libros les presentan personajes a los cuales harían bien en emular, y los libros les proporcionan experiencias que vale la pena tener por sí mismas. (Aquéllos que se sienten incitados a vivir en abandono sexual por la lectura de obras de esos hombres tienen que haberse sentido ya poderosamente inclinados en esa dirección, porque, si no, la lectura de unas pocas novelas difícilmente podría haber precipitado una reacción tan grande.) Por supuesto, se puede hacer la misma objeción al Guernica, de Picasso, y al Wozzek, de Alban Berg.

b) Verdaderamente, la misma experiencia de entregamos nosotros mismos a un objeto estético ¿ no tiene acaso un efecto moral? Si nos concentramos realmente en los detalles de una obra de arte y no dejamos que corroteen simplemente por ella nuestros sentidos, el crecimiento de nuestra sensibilidad y el refinamiento de nuestra capacidad de discriminar perceptivamente nos hará más receptivos al mundo que nos rodea; ese efecto elevará el tono de nuestras vidas diarias y hará que nuestra experiencia del mundo sea más rica de lo que lo era anteriormente.

¿No quedaría transformado todo el carácter de la vida de un hombre en una ciudad si fuera capaz de ver hermosas casas, árboles y calles, día tras día, en lugar del informe batiborrillo que se ofrece ahora a sus ojos?

La mayoría de lo que se llama apreciación estética no llega a tener ese efecto; pero su fracaso 'se debe solamente a que no se trata, en absoluto, de una apreciación estética: es una especie de ensoñación fatigada y no una absorción intensa del objeto estético. La

mayoría de la gente, cuando oye música, se limita simplemente a dejarse inundar por la pura sucesión de sonidos. Para ellos, la música es algo que les proporciona un fondo sedante para sus pensamientos: nunca la escuchan; pero en cuanto entran en casa encienden el receptor de radio y se ofrecen la experiencia de sentirse a solas consigo mismos. Gentes así no escuchan activamente la música y ni siquiera son conscientes de la más elemental clase de flujo y reflujo que contiene toda música; se limitan a recibirla pasivamente, empleándola quizá como trampolín para una ensoñación privada o para una francachela emocional de su estricta propiedad. La música no tiene para ellos un efecto estético, sino un efecto anestésico. No será el mero hecho de oír música lo que produzca el efecto requerido. La experiencia estética -que supone nada menos que una concentración total en los detalles perceptibles del objeto estético- es una experiencia que eleva nuestra conciencia, ejercita nuestra capacidad para la agudeza de percepción y para la discriminación, y nos ayuda a mantenernos vivos ante la vista y la textura del mundo que nos rodea. Después de ver una exposición de paisajes de Cézanne nos parece que el mundo entero ha cambiado su estructura y su trama: se parece casi a los paisajes de Cézanne. ¿Y no es acaso un efecto potencialmente moral cualquier cosa que aumente nuestra agudeza y sutileza de discernimiento y discriminación? Verdaderamente, el arte proporciona la experiencia más intensa, más concentrada y más agudamente enfocada de todas las que están al alcance del hombre, en un mundo que rara vez proporciona experiencias semejantes, aparte de las obras de propia creación.

* Tomado de “ La conducta Humana” John Jospers, Editorial Tecnos.1964.